Newton Compton Editores

Título original: *Il bambino che diesgnava le ombre*

© 2021, Oriana Ramunno. Acordado con Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA).
© 2025, de la traducción por Marta Cueva Camblor
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-55-0
Código IBIC: FA
DL: B 11.124-2025

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Sergi Godia

Impreso en noviembre de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Oriana Ramunno

El cadáver del Bloque 10

Traducción de Marta Cueva Camblor

Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

A Samuel, Elia y Emanuele

Prólogo

21 de diciembre de 1943, Auschwitz

–*Eins*, *zwei!*

Gioele contó en alemán los pasos que separaban el dormitorio de las consultas de los médicos. El sonido de las suelas repiqueteaba en el suelo, entre las frías paredes, y rebotaba hasta el techo, que adquiría un fantasmagórico tono azul celeste bajo la luz de las farolas.

–*Drei*, *vier!*

Se apresuró brincando hacia la única ventana que daba al fondo del pasillo sujetando con fuerza su bloc de dibujo. Casi todas las ventanas del Bloque 10 estaban tapiadas con tablones de madera muy pesados, pero esa no: desde allí podía ver los abedules desnudos y nevados de la avenida, la valla de alambre de espino que brillaba a la luz de las farolas y una casa de cuya chimenea salía humo a lo lejos.

Se puso de puntillas.

La nieve fría y consistente golpeaba con insistencia el cristal y después se deslizaba hacia abajo cubriendo toda la avenida, los árboles, los jardines, los bloques y las torres de vigilancia. Podía ver al soldado que estaba de guardia en la garita. Su cálido aliento se perdía entre las densas nubes en el aire y parecía estar temblando de frío al permanecer allí parado, de pie, congelándose frente a la metralleta. Gioele pensó que tal vez le apeteciera una taza de caldo caliente, sentarse delante de una chimenea encendida o estar en familia frente al fuego crepitante.

Continuó brincando.

–*Fünf*, *sechs!*

Cuando llegó delante de la consulta de tío Mengele se detuvo. Intentó abrir la puerta, pero el picaporte estaba atascado y la cortina de acordeón rebotó contra el marco de cristal con un repiqueteo sordo.

En la pared sobre el escritorio, junto a la colección de globos oculares, estaban sus dibujos. No le hacía falta abrir la puerta para verlos, porque a esas alturas Gioele ya se conocía aquella habitación de memoria. Mengele le dejaba ir donde quisiera, incluso a su despacho privado. Lo trataba de un modo distinto respecto al resto de los niños; por ejemplo, le dejaba dibujar y colgaba sus dibujos por todas partes, se los regalaba a las enfermeras o a otros médicos y se los mostraba a los miembros de las SS con gran orgullo.

Cuando la pintora de Birkenau había llegado para hacer bocetos de los gemelos, Joel la había estado mirando todo el rato boquiabierto. Había disfrutado viendo los ojos y los labios que el trazo confuso y misterioso del lápiz iba dejando entrever mientras aquellos rostros iban tomando forma como si estuviesen vivos. Dina era mejor que cualquier pintor que hubiera visto en su vida. Aquella mañana le habían regalado una hoja de papel y un trozo de carbón y dibujó el camino que había delante de las cocinas. Una enfermera había pegado su boceto en la pared y tío Mengele se había puesto nervioso. Pero después volvió a mirar bien el dibujo y esbozó una sonrisa mínima de satisfacción. Por la tarde volvió con un bloc de dibujo y unas pinturas Lyra. Gioele nunca había tenido una caja de pinturas de colores tan bonita. Desde entonces, aquel ala del Bloque 10 se fue llenando de sus dibujos.

–*Sieben*, *acht!* –continuó diciendo mientras dejaba atrás el despacho de Mengele.

El pasillo era largo y oscuro. La gente del bloque le tenía miedo, porque las habitaciones se abrían a ambos lados como bocas hambrientas y dentro ocurrían cosas terribles. A veces se oían gritos aterradores. Aun así, todavía daban más miedo

los susurros que se escuchaban por las noches, los pasos que apenas se oían y los gemidos que producían escalofríos. Algunas personas decían que eran los fantasmas de gente que había muerto durante las visitas al médico. Tenían embrujado el edificio; se los podía ver por las noches, mientras dejaban su rastro por las paredes y se deslizaban por los cristales de las ventanas, que humedecían al instante, y percibir a través del parpadeo de las bombillas que titilaban constantemente en el bloque.

Gioele se mentalizó para actuar con valentía.

–*Neun*.

Se detuvo frente a una puerta que estaba cerrada. Dentro no había luz, salvo por un resplandor débil que provenía del fondo de la habitación, y el umbral le parecía un ojo oscuro que le miraba con insistencia. Levantó la vista y vio en la penumbra la inscripción SIGISMUND BRAUN en la placa de identificación que había junto al marco de la puerta.

La puerta se movió con un chirrido siniestro, quizá debido a que alguna ventana estuviera entreabierta. Gioele no pudo evitar pensar que, después de todo, las historias de fantasmas podían ser ciertas. Apretó el bloc de dibujo con fuerza y lo apoyó contra su pecho para intentar acallar los latidos que se le habían subido a la garganta. Sin embargo, en lugar de darse la vuelta y salir corriendo, decidió entrar a cotillear en la oscuridad líquida del laboratorio.

Su madre se lo había repetido muchas veces cuando iban en el tren y él llamaba a los miembros de las SS por la ventanilla para practicar su alemán: «Eres un niño muy inteligente y curioso, Gioele, pero esas cualidades no te harán bien. Te traerán desgracias».

Aun así, desde que estaba en el campo, se había estado salvando precisamente gracias a su inteligencia y curiosidad, por esa genialidad que lo distinguía de los otros gemelos e incluso de su hermano Gabriele. Lo recompensaban con terrones de azúcar, chocolate y algún que otro juguete usado. Su hermano y él dormían en el Bloque 10 junto con un puñado de otros

elegidos y no en los bloques de Birkenau, que se rumoreaba que eran estrechos y estaban sucios y llenos de piojos. Vestían la ropa con la que habían llegado al campo y no los obligaban a recorrer kilómetros todos los días desde los barracones hasta los laboratorios de Auschwitz para que los examinaran y estudiaran. Esas cosas, a su juicio, no eran desgracias.

–Zehn!

Gioele se armó de valor. Cruzó la línea que separaba la penumbra de la oscuridad de la habitación de un solo paso y sintió como si se hubiera arrojado a un abismo oscuro y amenazador.

Dentro no se veía nada.

Buscó el interruptor, lo accionó y de pronto una luz fría invadió el despacho. Era tan clara que tuvo que entrecerrar los ojos antes de poder ver algo. Se los tapó parcialmente con una mano y miró a su alrededor. Aquel laboratorio era como todos los demás que había en el bloque. Bajo la luz parpadeante, reconoció el suelo de granito y las paredes de azulejos blancos, todos iguales. Observó los carros de acero, las extrañas máquinas y las mesas de mosaicos. Se detuvo en los armarios, que estaban repletos de medicinas, en el fregadero reluciente y en la foto del Führer que había colgada en la pared, que le dirigía una mirada oscura.

La ventana estaba abierta, pero había un olor muy extraño en el aire. No era el desinfectante ni el formol con el que los médicos solían almacenar sus muestras. Sintió que ya lo había olido antes, tanto allí, en el campo, como en su casa, en Bolonia. Un recuerdo fugaz le invadió con una nostalgia dolorosa y Gioele pasó a sentirse triste de repente.

Caminó por el centro de la sala en silencio.

En algunos lugares, los huecos que había entre los azulejos estaban incrustados de sangre. Levantó la vista hacia los estantes y vislumbró los frascos transparentes, en los que había un corazón, un cerebro y unos riñones. También había un feto flotando como si estuviera durmiendo en el vientre de su madre y una cesta de manzanas rojas que le dieron hambre.

Gioele trató de buscar una silla en la que pudiera subirse para coger una, pero su atención se desvió a la habitación que daba a la sala médica, de la que emanaba una luz débil.

Se acercó a ella y entró.

La sala estaba iluminada por la suave luz ámbar de una lámpara de sobremesa, que proyectaba las flores de colores del vidrio emplomado en la pared. Se oía un zumbido en el aire, como un lamento eléctrico que impregnaba las paredes. Era un sonido rítmico y susurrante que no parecía querer detenerse. Gioele miró el escritorio, los microscopios, los sillones de terciopelo, el reloj de pie y una estantería llena de libros. En un rincón, el gramófono giraba sin cesar. La aguja había llegado ya al final del disco y la bocina de latón no producía sonido alguno, salvo un zumbido rasposo, parecido al de una mosca insistente.

Miró al suelo. Le llamó la atención una manzana mordisqueada que habría caído rodando de a saber dónde. Gioele notó un nudo en la garganta cuando vislumbró una silueta clara entre el escritorio y el árbol de Navidad y una bata tirada en una esquina.

«Los fantasmas suelen llevar una sábana blanca encima», pensó.

Quiso escapar, pero algo le retuvo y lo inmovilizó. Sintió una ansiedad cada vez más punzante y los latidos del corazón resonando en todo su cuerpo, incluso en las yemas de los dedos. Aquello no era solo una bata tirada en el suelo. Era una bata con un hombre dentro.

Gioele lo reconoció enseguida. El doctor Sigismund Braun llevaba las mangas de la bata subidas hasta los codos, como si hubiera acabado de terminar de trabajar, y sus ojos turquesas estaban muy abiertos. Tenía la boca abierta en un grito silencioso y la lengua colgando, como las de los perros de las SS cuando tenían sed, y un bulto amoratado surgía de su frente alta y calva.

Gioele se acercó a él de puntillas. Lo sacudió, pero no se movió.

Estaba tieso.

Luego se sentó frente a él con las piernas cruzadas, se relamió los labios y se puso el bloc de dibujo sobre las rodillas. A pesar de que apenas era capaz de tragar por el nudo que se le había formado en la garganta y le temblaban las manos, se puso a dibujar.

Pensó que no podía haber dibujo más bonito que el de Herr Doktor Braun muerto.

Capítulo 1

23 de diciembre de 1943, Judenrampe

Las farolas rompían la oscuridad del campo sobre las vías ferroviarias e iluminaban el andén con una luz cegadora.

Hugo Fischer se bajó del vehículo con ayuda de su bastón. La nieve seca crujió bajo sus zapatos. En ese momento, los raíles de los trenes chirriaron por el peso de los vagones, a punto de llegar a su destino. Se trataba de un ruido agudo y prolongado que fue atenuándose poco a poco hasta perderse en el silencio de la noche, entre los bosques de abedules que rodeaban las vías.

La locomotora expulsó una última bocanada de humo y un miembro de las SS descendió de sopetón, haciendo que las solapas de su abrigo de cuero se elevaran como las alas de un águila.

Hugo suspiró. El aire se condensó delante de su cara como una nube lechosa, similar a otra amarillenta que salpicaba el cielo oscuro a lo lejos. Había un olor acre en el aire, tal y como solían decir en Berlín: un olor dulzón que recordaba al de la carne quemada.

Sacó un cigarrillo y se lo apoyó entre los labios. Lo sujetó entre los dientes mientras prendía la llama de su encendedor e interrogó con la mirada a un miembro de las SS como buscando su aprobación. «¿A quién le importa?», pareció responderle el suboficial, con una pose rígida y el rostro contraído y enrojecido por la helada. En medio de aquel frío, que calaba los huesos hasta el fondo, todo el mundo hacía la vista gorda ante el odio al Führer por el humo.

El cigarrillo crepitó con un calor inesperado. El sabor del tabaco le invadió la lengua y sustituyó el olor acre que había en el ambiente y que la nieve todavía no había conseguido depurar. Hugo suspiró con satisfacción, liberando por completo sus pulmones. Un poco más allá, un pastor alemán que llevaba una correa de las SS se puso a aullar.

Hugo dio otra calada a su cigarrillo y se apoyó en el Mercedes para aliviar el dolor de espalda. Dos días antes se había despertado con un pinchazo en la parte baja de la columna vertebral y con el brazo entumecido hasta el pulgar y el índice. Había sido como si le hubieran clavado varios alfileres en la carne o como si mil hormigas se hubieran puesto a trepar bajo su piel y le hubieran hecho perder el contacto con las cosas, con el riesgo de que todo se le pudiera caer de las manos. Sabía que la fase aguda de su enfermedad no tardaría en desaparecer, pero el hecho de no sentir el mundo que le rodeaba ni de poder percibir su textura le sumía en una gran desesperación.

Así eran todas las recaídas. Cuando la enfermedad se reactivaba, royendo alguna parte oculta de su cerebro y de su médula espinal, se lo hacía notar mediante nuevas señales, como si fuera un disco reproduciendo una música desafinada a la espera de que alguien lo arreglase.

Al cabo de un rato, lo peor pasaba.

En cambio, lo de su pierna entumecida era una cicatriz crónica. Le habían dicho que su sistema nervioso estaba totalmente dañado y que jamás volvería a ser como antes. Algunas veces su peso era tan insoportable que sentía que preferiría cortársela para darles de comer a los perros; así ya no quedaría nada, ni siquiera el trozo más mínimo de carne. Pero ahí estaba, unida a su cuerpo, como un apéndice fantasma que ya no respondía a sus órdenes.

Hugo metió la mano en el bolsillo de su abrigo y el tintineo de la ampolla de morfina le hizo relajarse por un momento. Cada vez que el dolor se agudizaba, le empezaba a sudar la piel y las venas le palpitaban como si fueran tambores, dilatándose y contrayéndose bajo la epidermis. El momento entre que sentía

esa sensación hasta que podía clavarse la aguja en la vena se volvía una espera insoportable que no hacía más que aumentar su nerviosismo y ponerle irritable con todo el mundo. Tener una ampolla de morfina en el bolsillo lo ayudaba a calmarse. Había descubierto que aquella era la única solución para no ponerse a temblar como un flan.

Soltó la ampolla y sacó la mano del bolsillo. Se subió la solapa del abrigo para protegerse la nuca húmeda del frío y se bajó el ala del sombrero. Le dio otra calada a su cigarrillo con nerviosismo para evitar pensar en el dolor y miró al conductor, que había permanecido en el interior del vehículo, al margen del frío. Había hecho bien.

Miró a su alrededor, deteniéndose en todos los detalles de la estación. El andén era largo, interminable. Le habían retirado la nieve, pero durante la última hora se había vuelto a acumular una capa sobre la grava que crujía con cada paso. De vez en cuando, caían algunos copos del cielo. La luz de las farolas iluminaba las furgonetas, los camiones, los cascos y los uniformes mojados de los hombres de las SS, que esperaban, todos alineados, a un convoy que acababa de detenerse. Incluso los perros estaban en guardia. Aullaban y ladraban nerviosos.

Vio docenas de manos aferradas a las rejillas de los vagones que aún se encontraban cerrados. Dedos largos, huesudos y sucios moviéndose como gusanos en la tierra.

–*Eau!* –gritó alguien desde el interior del tren. Nadie le respondió, así que probó a chapurrear algunas palabras en alemán–: ¡Agua, por favor! ¡Agua!

No era una persona propensa a las emociones fáciles. Durante los tres últimos años, cuando colaboraba con la Kriminalpolizei, había visto de todo: cuerpos mutilados, mujeres violadas y asesinadas, hombres estrangulados o brutalmente castrados, cadáveres tanto recientes como putrefactos, hinchados, llenos de gas, mierda y gusanos. Las primeras veces había vomitado y había soñado por la noche con las cosas que había visto, como las pesadillas que acechan a los niños. Después se acostumbró y se volvió más insensible.

«No soy una persona propensa a las emociones fáciles», se repetía a sí mismo mientras inhalaba el olor del tabaco entre sus labios para liberarse del hedor acre que envolvía la estación. Aun así, sintió que estaba a punto de presencial algo para lo que no estaba preparado. Para lo que Arthur Nebe, el jefe del Departamento V de la RSHA, la Oficina Central de Seguridad del Reich, no le había preparado lo suficiente. Lo sentía en el aire, comprimido como una bola de nieve entre sus manos, y en el olor a carne quemada, que había empezado a venirle de nuevo más fuerte ahora que el del tabaco se estaba disipando.

Podía poner la mano en el fuego a que ese era el olor de la carne que iba al crematorio, tal y como había oído en las oficinas de Berlín. En los pasillos de los cuarteles de la Prinz-Albrecht-Straße y en la nueva sede de Werderscher Markt se hablaba de Sachsenhausen y de Dachau, pero nada comparado con lo que se comentaba de Auschwitz. Se rumoreaba que las enfermedades y los métodos salvajes que empleaban los miembros de la división SS-Totenkopf, que llevaban la insignia de la calavera con dos tibias cruzadas, se cobraban tantas víctimas que las SS se veían obligadas a quemar los cadáveres en crematorios de última generación, llenando el cielo de malolientes nubes tan espesas que no dejaban ver el sol. La nieve allí cubría una gruesa capa de ceniza.

–¡Traed a los perros! –Le sobresaltó el ladrido de un perro de las SS mientras observaba el registro que tenía en las manos–. ¡Estamos a punto de descargar! ¡Mil piezas!

Sobre los vagones llenos de gente el cielo estaba oscuro, como agonizante.

Los pastores alemanes arrugaron los hocicos sobre sus encías y se pusieron a raspar la nieve con las patas. Las farolas alumbraron sus dientes afilados. Cualquiera se habría quedado quieto ante el rugido gutural de sus vientres peludos.

Hugo le dio la última calada a su cigarrillo, que ya prácticamente estaba consumido, y lo lanzó.

Fue un breve rastro luminoso hasta que terminó apagándose en la nieve.

–¡Fuera! –gritó un miembro de las SS, golpeando las paredes de los vagones con una porra–. ¡Fuera, pedazos de mierda!

Las puertas de los vagones se abrieron una a una con un ruido ensordecedor, que fue opacado por los gritos de los miembros de las SS y los ladridos de los perros. Un hedor pestilente invadió la estación y Hugo retrocedió por instinto.

–¡Fuera! ¡Venga!

Los cuerpos, amontonados de manera anormal, fueron saliendo como las abejas de una colmena rota, tambaleándose exhaustos los unos sobre los otros.

Hugo tuvo la sensación de estar frente a uno de los círculos del infierno de Dante. Recordaba perfectamente el pantano del Estigia: era donde las almas se retorcían en la superficie del lodo mientras se golpeaban las unas a las otras. Algunas ni siquiera eran capaces de volver a emerger a la superficie, sino que se quedaban debajo, sin rostro, y en su lugar solo salían algunas burbujas del fango.

Las SS trataron de restaurar la calma a base de culatazos. A Hugo le llamó la atención una mujer que llevaba una maleta en una mano y una niña de pocos meses en brazos. No quería soltar ni a una ni la otra. El pantano viscoso la había absorbido y debido a su cansancio tuvo que renunciar a su maleta, sujetando con fuerza a su hija para abrirse paso entre la multitud.

En un momento dado, cayó de rodillas, empujada por otra mujer.

Un pastor alemán quiso morder el aire frío y chasqueó la mandíbula justo delante de su cara. Desde su posición junto al Mercedes, Hugo presenció el terror de aquella mujer, que tenía la cara desfigurada del susto. Se sintió incómodo en su posición de espectador inesperado, vistiendo su abrigo de inspector encubierto, sin poder hacer otra cosa que mirar. Dio un paso, dispuesto a ir en su ayuda, pero la mirada fría de uno de los miembros de las SS que tenía al lado le hizo desistir.

La mujer se levantó y miró a su alrededor, desconcertada. La marabunta de judíos marcados con la estrella amarilla en el abrigo comenzó a seguir ordenadamente las directrices de

las SS con un murmullo silencioso. Sus ojos estaban llenos de preguntas, pero nadie se atrevía ni a respirar. Algunos se hacían preguntas con la mirada, teniendo cuidado de no dirigirse a los alemanes.

Hugo se sintió incómodo. Para él, los judíos nunca habían supuesto un problema, a diferencia de para aquel partido, que había llegado a la obsesión.

De la señora Mandelbaum, su vecina de Berlín, tenía buenos recuerdos. Era como su tía. Muchas tardes de verano quedaba con su hijo Henryk en el Nikolaiviertel. Iban a jugar al escondite detrás de la iglesia o corrían hasta la orilla del Spree y después se zambullían para nadar hasta la otra orilla. De las ventanas de la planta baja siempre salía un olor muy agradable a tarta de manzana, un cálido aroma que opacaba el de la humedad del río. La señora Mandelbaum los llamaba para merendar cuando el cielo comenzaba a oscurecerse y su voz hacía eco por todo el barrio hasta las barcas que flotaban sobre la superficie del agua. Junto a Henryk, Hugo había compartido varias clases en la universidad y días entre el estuco y las cristaleras del Romanisches Café. Después vinieron los boicots; él se había marchado y Hugo nunca había vuelto a saber nada de él. Su madre, en cambio, había fallecido de un infarto cuando la Gestapo había ido a llevársela aquel año. Aunque la verdad es que eso había sido lo mejor, a juzgar por lo que estaba viendo en aquel andén.

Hugo volvió a dirigir la mirada hacia aquella mujer.

–*Ma valise!* –gritaba.

Se puso a desafiar a la multitud y los latigazos e intentó recuperar su equipaje.

–¡La maleta se queda aquí!

Un miembro de las SS la agarró por la solapa del abrigo y la obligó a hacerse a un lado, donde estaban juntando a todas las mujeres y niños.

Algunos prisioneros vestidos con uniforme a rayas azules y blancas llegaron para recoger el equipaje. Amontonaban las maletas en pilas que parecían colinas temblorosas y las carga-

ban en carritos y furgonetas. Hugo observó sus gestos, rápidos y seguros: se notaba que era algo que estaban acostumbrados a hacer todos los días.

Mientras tanto, la mujer se resistía de manera obstinada, con la firmeza que solo una madre puede llegar a tener:

–*Ma valise!* –insistía–. *J'ai besoin de ma valise!*

–¡La maleta se queda aquí! –gruñó el miembro de las SS, desesperado.

La joven madre trató de hacerle entender lo especial que era aquella maleta para ella. Se puso a tocar la ropa de la niña y su gorro de lana y Hugo intuyó que dentro debía de haber algo de vital importancia para cuidar de la niña y mantenerla limpia. Seguramente, los miembros de las SS también se habrían dado cuenta de aquel detalle, pero continuaron empujándola hacia el grupo de mujeres, donde un hombre con una bata blanca las estaba examinando.

Ella no dio su brazo a torcer. Se mantuvo firme a pesar de la delgadez, que la hacía parecer a punto de desplomarse. Los dos siguieron negociando, una en francés, el otro en un alemán cada vez más enfurecido e impaciente. Sin embargo, el joven no hizo ademán de utilizar el fusil que llevaba al hombro. Tenía cara de bueno, como si quisiera arreglar las cosas sin tener que recurrir a la fuerza.

–¿Qué es este alboroto? –intervino otro miembro de las SS un poco más mayor que vestía un uniforme de color gris plomizo.

Llegó a paso ligero al lugar donde se encontraban. Las solapas de su abrigo de cuero crujieron en el aire helado y la nieve sonó bajo sus botas con un sonido parecido a un gemido. La luz de las farolas le dividió la cara en dos, haciendo que sus rasgos angulosos destacaran en un rostro perfectamente afeitado. La insignia de calavera de los Totenkopf brilló con la misma ferocidad que sus ojos azules.

–¿Qué pasa con esta judía? –preguntó.

–*Heil Hitler!* –El miembro joven de las SS se puso recto mientras hacía un saludo–. ¡No quiere desprenderse de la maleta porque dentro hay cosas para la niña, Herr Sturmbannführer!

–Pues entonces vamos a resolver el problema.

El Sturmbannführer sonrió con calma y frialdad, mostrando una fila de dientes blancos y fuertes parecidos a los de un pastor alemán.

Tomó a la niña con delicadeza y la acunó.

La madre se quedó petrificada ante aquel gesto.

Hugo se inclinó para ver y dejó atrás el Mercedes para acercarse más hacia el centro del andén. Su columna vertebral se tensó ante un extraño presentimiento y, por un momento, se olvidó por completo del dolor.

En medio de la marabunta, el oficial hizo un hueco en el que colocó a la recién nacida. Le dio una caricia y le sonrió. El contacto frío con la nieve la hizo bostezar, despertándola del hambre y del viaje. La madre la miró con los ojos muy abiertos bajo los finos pómulos, que se clavaban en su piel como espinas de zarza, y la boca muy abierta en un llanto mudo que no se atrevía a verbalizar. Estaba inclinada hacia su hija, pero algo la bloqueaba. Tal vez el miedo atávico a hacer lo incorrecto.

Hugo contuvo la respiración ante la horrible tensión que se acababa de crear en el ambiente mientras observaba atónito aquella escena.

El oficial desenfundó la semiautomática y apuntó a la pequeña con el cañón brillante. La luz de las farolas hizo brillar el acero bruñido y después el seguro manual, que el miembro de las SS soltó con un chasquido sordo. Deslizó un dedo sobre el gatillo con una lentitud que sumió a Hugo en un abismo de tensión, le dejó sin aire ante la espera e hizo retumbar las sienes con un ruido ensordecedor.

Pero no se oyó ningún disparo.

En su lugar, solo advirtió el sonido del gatillo.

–Maldita sea.

El percutor no se había disparado correctamente. Hugo sintió que su tensión iba en aumento y se le secó la boca.

El Sturmbannführer miró el arma con expresión compungida. Debería haberla descargado para desechar la bala que

había fallado y probar con la siguiente. Pero, en lugar de eso, volvió a enfundar el arma.

–Uno ya no puede fiarse ni de las armas –rio.

Hugo observó a la madre inclinarse hacia su hija para ir a por ella. Tenía el rostro rugoso y pálido, como si le hubieran chupado toda la sangre del cuerpo, y temblaba de miedo.

El Sturmbannführer le dirigió una mirada gélida, como tratando de intimidarla para que se detuviera, y después levantó el pie.

Un pisotón. Dos. Tres.

Golpeó con el tacón de su bota a la recién nacida con furia, produciendo un sonido cada vez más blando y líquido. Con cada pisotón, Hugo tensó los hombros, sin poder hacer nada para detener el temblor que se había apoderado de su cuerpo. Un silencio de terror envolvió todo el andén.

–Ahora la maleta ya no es un problema –dijo el oficial de las SS con un tono de burla–. Que esto sirva de aviso a todo aquel que quiera hacernos perder más tiempo.

El oficial se limpió la suela de su bota en la nieve fría y se alejó.

La madre de la niña permaneció agachada en el suelo con los ojos muy abiertos. El oficial más joven la empujó con la punta de su fusil, consiguiendo a duras penas disimular el temblor de sus manos y una expresión llena de lástima, y ella no ofreció resistencia. Se levantó y retrocedió tambaleándose entre la gente, que se había quedado petrificada.

Los prisioneros se despertaron como si hubieran estado sumidos en una pesadilla y continuaron descargando los cadáveres de los vagones. Los arrojaban como sacos vacíos sobre el andén, como si fueran muñecos de trapo que olían a muerte. Uno de ellos estuvo a punto de caer encima de la mujer, pero ella ni siquiera pareció darse cuenta.

–¡Herr Fischer!

Hugo se estremeció. Sintió como si de repente se hubiera despertado de un sueño profundo. Cerró la mano en un puño, con la esperanza de sentir algo en las yemas entumecidas, y dirigió la mirada hacia un hombre que estaba corriendo hacia él

a toda prisa. Lanzaba nubes de vapor al aire mientras se abría paso entre los judíos agitando los brazos. Hugo apenas pudo ver su cara. Aún tenía en los ojos el terror de aquel cuerpecito maltratado y destrozado y la mirada paralizada de su madre. Se llenó de valor y se volvió para mirar el cadáver. Los miembros de las SS pasaban a ras, evitándolo para no ensuciarse las botas ni esparcir sus restos por el resto del andén. Ahora no era más que un montón de basura que enmugrecía la nieve.

–¡Herr Fischer! –repitió el hombre, ya más cerca de él, y lo sacudió. Entonces Hugo pudo verlo mejor. Era un oficial alto, rubio y de ojos tan grises que recordaban a dos cristales sucios–. *Heil Hitler!* –añadió con vehemencia cuando lo tuvo delante.

–*Heil Hitler* –murmuró aturdido. Sintió hasta vergüenza al decirlo.

–Qué pena que haya tenido que presenciar un episodio como este –dijo, disculpándose, mientras señalaba los restos de la niña–. Estoy muy avergonzado. ¿Por qué se ha detenido en el andén de los judíos?

–¿No habíamos quedado aquí? –respondió Hugo sorprendido.

El recuerdo del sonido de la bota pisoteando a la recién nacida le provocó una arcada que le fue difícil de contener.

El oficial de las SS sacudió la cabeza.

–Le estaba esperando en el patio de carga de la estación, pero enseguida me di cuenta del malentendido. Soy el Obersturmführer Tristan Voigt.

–Hugo Fischer –respondió él. Le apretó la mano, tratando de mantener a raya el temblor. Con la otra, señaló el pequeño cadáver–. Lo que ha ocurrido…

–No se preocupe –le cortó el oficial. Tomó su maleta y le hizo un gesto para que lo siguiera hasta donde había varios vehículos aparcados al otro lado del andén–. ¡A veces suceden cosas como estas!

Hugo lo siguió lo más rápido que pudo, tanto como su cojera se lo permitió, zigzagueando entre los camiones y las furgone-

tas de la Cruz Roja hasta llegar a un Volkswagen Kübelwagen, comúnmente conocido como «coche cubo». Tenía el corazón a punto de explotar, en un intento de rebelarse contra el horror que acababa de presenciar, y su cuerpo tuvo que hacer un sobresfuerzo para llegar hasta el vehículo.

Cuando los vio llegar, el conductor los saludó y abrió las puertas.

–Bienvenido a Auschwitz –le dijo Tristan Voigt antes de meterse en el coche.

Hugo entró. Pasó una mano por el cristal de la ventana, húmedo por la condensación, y dirigió una última mirada a los judíos, que caminaban en contra de su voluntad, llenos de mugre y tan delgados como si fueran fantasmas; a los prisioneros, que clasificaban los equipajes con una mirada sombría en los ojos, sin importarles las personas que estaban llorando o haciendo preguntas, y a aquella madre, que entonces se había lanzado llena de rabia contra uno de los hombres de las SS.

Los disparos del fusil resonaron en el silencio de la noche y la judía cayó hacia atrás, al lado de los restos de su hija. La sangre se esparció lentamente y la nieve se la bebió toda, mezclándola con las cenizas.

Capítulo 2

Los huecos que había entre las nubes se habían reducido a unas grietas mínimas.

La nieve había comenzado a caer de nuevo en grandes copos. Los limpiaparabrisas apenas podían quitarlos del todo del cristal y los faros los hacían brillar en la oscuridad como si fueran luciérnagas intangibles.

El camino que separaba el andén ferroviario del Stammlager de Auschwitz estaba a escasos kilómetros de distancia, entre bosques de abedules y de alguna que otra casita de campo en la que se podía ver luz a través de sus ventanas. La suma blancura en la que estaban inmersas conseguía transmitir una paz que a Hugo le resultaba surrealista para un lugar como aquel, que tenía una reputación de lo más siniestra.

La escena que había presenciado le había dejado con una pesadez en el estómago de la que todavía no había sido capaz de librarse. Hugo había visto a miles de judíos subirse a muchos trenes en Berlín con rumbo a las estaciones de Grunewald o Anhalter con sus maletas, la estrella amarilla bordada en el abrigo y unos rostros casi aliviados al abandonar una ciudad que ya no los quería y que se había vuelto inhabitable y violenta. Lo que no había visto era su paradero.

–No me gusta la atmósfera de este lugar –le había confesado unos cuantos años antes Henryk Mandelbaum mientras paseaban por la avenida Kurfürstendamm, entre la sucesión de escaparates embadurnados con insultos y dibujos

humillantes realizados por las SA. Se habían detenido bajo el edificio Grünfeld, que estaba cubierto de carteles que exigían la arianización de un judío gigante en ropa interior–. ¿Qué quieres que te diga, Hugo? Tengo un mal presentimiento.

–Puede que estés exagerando –le había respondido él.

Las SA habían tratado de boicotear los establecimientos de los judíos pegando carteles y poniéndose delante de las entradas de sus negocios. Pero a la gente le había parecido estúpido y hasta raro, se había burlado de aquella protesta tan absurda y había continuado entrando en aquellos locales como de costumbre, en la medida en que la crisis lo permitiera. Todavía no se había instaurado ningún clima de terror y la utopía de la raza aria solo era un esbozo, pero Henryk no había querido escuchar aquellas historias. Renunció a su cátedra de Criminología y se fue a Londres. Había hecho bien. Poco tiempo después, Grünspan, el diplomático alemán, había sido asesinado por un judío y las SA reaccionaron con una violencia que jamás se había visto: la noche berlinesa se vio invadida por los gritos y el fuego de las antorchas, por las explosiones de los escaparates y las ventanas donde hubiera algún judío a la vista, y Hugo pudo ver desde la suya la ira y el odio que se fueron extendiendo por las calles, como si el Spree acabara de desbordarse. A la mañana siguiente, Berlín estaba devastada por la furia de los nazis y cubierta de ceniza y de sangre. Habían asesinado a casi un centenar de judíos en la calle y otros miles habían sido detenidos y llevados a campos de concentración. Después de aquella noche, les confiscaron las radios y los teléfonos a todos los judíos, se los obligó a llevar la estrella amarilla y se les prohibió el transporte público, el uso de los aseos y la posibilidad de ir a la escuela o al trabajo. Henryk habría perdido la cátedra igualmente.

Hugo alzó la mirada para ver más allá del parabrisas.

El campo de Auschwitz, donde tanto Henryk como su madre podrían haber ido a parar, se encontraba ante ellos,

imponente, con una doble alambrada de espino, los postes cuadrados y curvados en lo alto y las torres de vigilancia observando el perímetro ojo avizor a través de la espesa nieve. Los carteles con los dibujos de las calaveras con dos tibias cruzadas rezaban HALT: la valla estaba electrificada y cualquiera que la rozara moriría al instante, antes incluso de que los guardias de las SS pudieran desenfundar sus ametralladoras. Era allí y en otros lugares como aquel donde iban a parar los judíos.

–Creo que está de más que le diga que no podrá difundir bajo ningún concepto lo que presencie aquí o en Birkenau –le dijo Tristan Voigt. Ni siquiera tuvo que desenfundar la pistola de pequeño calibre que llevaba consigo para convencerle. Fue suficiente la calavera que lucía en la gorra, que brillaba ferozmente a la luz de las farolas–. Las cosas que ocurren en este campo son por el bien del Reich de los Mil Años y, cuanto menos se sepa de él, mejor. El resto del mundo aún no está preparado para comprender los esfuerzos de nuestro Führer, por lo que le pedimos lealtad y confidencialidad. No necesitamos una publicidad excesiva.

–Por supuesto –concordó Hugo–. Ya me han informado.

–Le mostraré el cuerpo del doctor Braun y el lugar donde lo hallaron –expuso el miembro de las SS– y después le llevaré ante el Kommandant Liebehenschel. Tiene muchas ganas de conocerle.

La barra se levantó lentamente bajo la ráfaga de copos blancos y el Kübelwagen atravesó la verja coronada por un letrero de hierro forjado. Las letras destacaban sombrías, silueteadas por el foco del vehículo y húmedas por la nieve. Por alguna razón, Hugo se sintió incómodo ante el lema que rezaba que el trabajo te hace libre.

Se apoyó a la ventanilla y miró al exterior.

En la noche iluminada por las farolas, el viento doblaba las ramas del gran abedul que se alzaba a la entrada. A lo largo de la avenida había estructuras de mampostería perfectamente ordenadas y silenciosas y a la derecha se veía una caseta

baja con chimeneas que se elevaban varios metros de altura. Había un orden que no esperaba en un campo de prisioneros.

Delante de la caseta, los reclusos estaban de pie en filas de cinco, cubiertos por un abrigo que parecía demasiado ligero para las temperaturas de aquel invierno prohibitivo. Andaban a la luz de las farolas como cuerpos ingrávidos, delgadísimos. A un lado había varios cadáveres apilados a los que les habían quitado los abrigos. Solo llevaban puesto el uniforme a rayas; tenían el estómago al aire y los brazos extendidos como si fueran ramas sobre la nieve.

–¿Eso son…?

Hugo no pudo terminar la frase a causa de una náusea.

–¿Eso son?

Voigt pareció burlarse de él. Rio complacido y se recolocó la gorra. Se estiró el cuello del uniforme y un olor muy fuerte a colonia llegó hasta Hugo, pero fue incapaz de olvidar el hedor a carne quemada que había olido en la estación.

–En Berlín circulan muchos rumores sobre este lugar –admitió.

–¿Cómo cuáles?

Hugo se encogió de hombros, avergonzado.

–Se dice que en Auschwitz hay crematorios que funcionan tanto de día como de noche y que hay más muertos que trabajadores…

Voigt esbozó una sonrisa feroz y la transformó en una risa apenas contenida.

–Esas no son las chimeneas del crematorio –dijo en un tono de burla–, sino las chimeneas de la cocina del campo.

Hugo contuvo una carcajada incómoda. Cuando aceptó la extraña petición del Kommandant de Auschwitz de enviarle al mejor criminólogo del lugar, Arthur Nebe le había recalcado a Hugo que se limitara a hacer su trabajo y no hiciera demasiadas preguntas sobre el campo.

–No te metas en cosas que no te conciernen –le había advertido–. Cuanto menos veas, mejor.

Pero si había algo que se le daba bien era saltarse las normas de Nebe.

–¿Por qué están a la intemperie a estas horas? –quiso saber mientras dejaban atrás a los prisioneros para tomar una calle lateral.

–Están pasando lista. –Voigt echó un vistazo breve al reloj que llevaba en la muñeca mientras el Kübelwagen aparcaba–. La verdad es que se ha alargado un poco esta noche. A lo mejor ha habido algún intento de fuga o los oficiales de turno estaban divertidos.

El motor dejó de rugir y el oficial descendió del vehículo sin añadir nada más. La luz de los faros se dibujó en sus hombros anchos y rectos, moldeados por el abrigo de cuero de su uniforme, y le hizo destacar como una estatua en medio de la oscuridad de la noche y la blancura de la nieve que estaba cayendo.

–Para satisfacer su curiosidad, le diré que el crematorio se encuentra más allá de ese edificio de ahí –dijo, señalando un punto indeterminado delante de él–. Es un crematorio bastante primitivo y ya no se utiliza. Se ha reconvertido en un almacén. En Birkenau es otra historia: hemos mejorado la ventilación y ahora los cadáveres arden mejor y más rápido. También hay un montacargas. Nada de lo que los Sonderkommandos puedan quejarse.

–¿Sonderkommandos?

Hugo se bajó del vehículo, procurando apoyar bien el bastón para no resbalar.

–La unidad especial de los judíos que ayudan con los cadáveres. Ya los ha visto en la estación: los del uniforme a rayas y el triángulo judío.

Hugo dirigió la mirada hacia el horizonte, donde vio una especie de destello y la nube de humo maloliente y amarillento que también había visto desde la estación. A Voigt no parecían molestarle todas aquellas preguntas, así que Hugo hizo otra:

–¿Ese humo proviene de los crematorios?

Voigt se detuvo delante de las escaleras del Bloque 10 y se relamió los labios, agrietados por el frío.

–A veces nos llegan montones de cadáveres demasiado grandes –confesó–. Nuestros crematorios son modernos y eficaces, pero no son suficientes. Hacemos pilas con madera, algunos árboles de Kobiór y aceite quemado. El humo que ve es de una pila. Lo puede reconocer porque es amarillo.

Hugo lo observó asombrado. El oficial estaba admitiendo que allí morían tantos prisioneros que necesitaban quemarlos al aire libre. Tenía una leve sonrisa en el rostro y Hugo no logró comprender si le estaba tomando el pelo o si le estaba diciendo la verdad. Lo único que sabía era que Nebe tenía razón: cualquier comentario que hiciera sobre aquella situación podría ser perjudicial para su carrera. Su tarea no era juzgar los métodos que empleaban en el campo de concentración ni el trato que daban a los prisioneros.

–Háble me del doctor Braun –dijo, cambiando de tema.

Tristan Voigt abrió las puertas de un pasillo que olía a desinfectante. Encendió las luces y caminó dándole la espalda. Su larga sombra oscureció las paredes blancas y harinosas bajo el parpadeo de las bombillas eléctricas.

–Sigismund Braun era un pediatra especializado en enfermedades genéticas –respondió mientras subía las escaleras que llevaban a la segunda planta. Su paso militar resonaba con la misma cadencia que un tambor–. Consiguió el permiso para operar en el campo del Reichsführer Himmler en persona –señaló.

Lo que el oficial le estaba contando coincidía perfectamente con lo que Hugo había logrado consultar en los archivos de Berlín. Originario de Wupperhof, Braun se había licenciado en Medicina y había prestado sus servicios en el pabellón infantil del instituto estatal de Kaufbeuren-Irsee, en Baviera. Ya se había afiliado al partido en 1931 y entró a las SS en 1938. Había participado en la guerra y había regresado al frente con una herida en la pierna, tres hernias lumbares que a veces le

mantenían postrado en cama durante días y dos Cruces de Hierro. Después fue derivado al servicio médico en Auschwitz con el rango de Oberscharführer.

Hugo se detuvo en medio de las escaleras para recuperar aliento y descansar la pierna. Miró a su alrededor, más por inquietud que por curiosidad. Al final de la escalera, en el pasillo de la primera planta, había una hilera de habitaciones para pacientes ingresados. Pero había demasiado silencio para ser un hospital de campaña y la formación que tenía Sigismund Braun era demasiado excelente como para haberse quedado prestando ayuda a simples prisioneros. Algo no encajaba.

–¿A Braun le gustaba estar aquí? –preguntó.

–Por supuesto. –Voigt asintió y le pareció ver a la calavera de su gorra sonriendo–. Fue un ascenso, no una degradación –aclaró.

Hugo no podía imaginarse a ningún académico considerando el servicio en un campo de prisioneros un ascenso profesional. Eso revelaba que Braun era un hombre con una personalidad extraña.

–¿Quién halló el cuerpo? –quiso saber.

–Un huésped del bloque. –Voigt deslizó los dedos por el pasamanos–. Al parecer, el doctor debió atragantarse mientras estaba comiendo una manzana. Por desgracia, se encontraba en la consulta fuera del horario laboral, así que nadie pudo ir en su ayuda. El huésped se lo encontró cuando ya era demasiado tarde.

–¿Por «huésped» se refiere a un ingresado en este bloque?

–Un niño –especificó Voigt.

–Estará traumatizado…

–¿Usted tiene hijos, Herr Fischer?

–No, todavía no. No estoy casado.

–Yo tuve uno –dijo Voigt con un suspiro. Un halo de melancolía hizo que sus ojos parecieran un lago de hierro líquido–. Los niños tienen la extraordinaria capacidad de enfrentarse

a situaciones de lo más aterradoras incluso para nosotros, los adultos. Y, entre nosotros, ningún niño se asustaría al encontrarse a un hombre muerto aquí, en Auschwitz.

Hugo y Voigt intercambiaron otra larga mirada. Era como si el oficial quisiera contarle más cosas sobre aquel lugar para después guardar silencio y dejarle con más dudas y curiosidad. Hugo siguió observando las paredes del Bloque 10 para impregnarse de las vibraciones que desprendía aquel lugar y continuó con sus preguntas.

–¿Ese niño era un paciente del doctor Braun?

–Del doctor Josef Mengele.

–¿Solo hay niños en este bloque?

–Los niños no son más que un pequeño grupo que Mengele se ha traído de Birkenau. Las habitaciones de la primera planta están todas ocupadas por varios cientos de prisioneras que están esperando a que el doctor Clauberg pueda atenderlas en su gabinete ginecológico. Como ve, los rumores que circulan en Berlín son un poco exagerados. Aquí hay médicos dispuestos a sacrificar su carrera por el cuidado de los prisioneros y sus hijos.

A pesar de las aclaraciones del Obersturmführer, Hugo no podía dejar de mirar a su alrededor. Realmente había algo desagradable en aquel lugar y podía sentirlo bajo su piel como un escalofrío que le ponía los pelos de punta. Era una sensación extraña, como si hubiera algo flotando en el aire que le impidiera moverse con normalidad. Más que un hospital, aquello parecía una morgue.

–Si el doctor Braun murió atragantado, ¿por qué Liebehenschel quiso que viniera aquí a investigar? –reflexionó.

–Para que demuestre que de verdad murió atragantado. –Tristan Voigt continuó subiendo las escaleras con su paso marcial–. Después de su muerte, comenzaron a circular rumores que el Kommandant quiso acallar cuanto antes para evitar minar la tranquilidad de las reclusas.

–¿Qué tipo de rumores?

Voigt se detuvo al final de las escaleras y se masajeó los dedos de la mano derecha.

–Un enfermero, Berto Hoffman, sufrió una crisis nerviosa cuando se enteró de la muerte del doctor y empezó a decir que se lo llevaron sus fantasmas. Una declaración carente de sentido.

–¿Y una frase como esa, dicha por un enfermero en estado confuso, ha desatado tanto pánico? –Hugo sintió que se le enarcaba una ceja en una expresión escéptica que trató de neutralizar enseguida para no parecer irrespetuoso.

–Los rumores sobre fantasmas no son una novedad en el Bloque 10 –replicó el oficial–. De ahí a la psicosis colectiva se va en un santiamén. Por eso se solicitó su presencia: para demostrar que todo fue culpa de una manzana. Que los fantasmas no tuvieron nada que ver.

Hugo se situó a tres pasos de Voigt con el bastón apoyado en el suelo. No podía creer que Liebehenschel le hubiera molestado por un asunto como aquel. Que le obligara a entrar en un campo como aquel, cubierto por una cortina de silencio, para acallar a unos fantasmas. Empezó a sentir que le picaban las manos de la impaciencia.

–Quiero hablar con el Kommandant –exigió–. Y también con el enfermero.

–Me temo que lo último va a ser imposible –le frenó Voigt–. Berto Hoffmann no está en las mejores condiciones físicas para hablar y ahora mismo se encuentra encerrado en la cárcel del campo.

–¿Por haberles metido miedo a otros pacientes?

–No. –La mirada del oficial se volvió fría a pesar de que su voz seguía siendo tranquila–. La enfermera Betsy Angel decidió ocuparse de él y tenerlo a raya porque le molestó aquella frase. Le pilló en medio de una conversación con otra enfermera, Adele Krause, diciendo que el médico se merecía ese final. Así que las SS se sintieron obligadas a registrar la cama de Hoffman. Bajo el colchón encontraron varios triángulos verdes que el enfermero intentaba sustituir por los triángulos rojos de algunas reclusas.

–¿Triángulos? –repitió Hugo, asombrado.

–Triángulos de tela. –Voigt se señaló el abrigo a la altura del corazón y dibujó una forma imaginaria con el dedo índice–. Se los cosen sobre la ropa. Los verdes son para los delincuentes y los rojos para los políticos. Hoffman estaba distribuyendo triángulos verdes a los presos políticos. Y eso es un acto de traición inaceptable.

–Sigo sin entenderle… –se disculpó Hugo.

Voigt respiró profundamente.

–Los triángulos verdes –comenzó a explicar con paciencia– son para los criminales alemanes: ladrones, violadores o asesinos de raza aria. A ellos les asignamos el brazalete de kapo y la tarea de dirigir el trabajo de los demás internos. Son excelentes supervisores, capaces de llevar a cabo actos inhumanos y despiadados, que es precisamente lo que necesitamos para mantener a raya a los demás prisioneros. Hoffman suministraba triángulos verdes a comunistas y a opositores al nacionalsocialismo para que pudieran ascender a kapos. Su objetivo era colaborar con personas más dóciles y para nada agresivas o sádicas. Ayudantes que facilitarían la estancia a los demás reclusos.

–¿Qué le va a suceder ahora? –preguntó Hugo al oficial.

–Estamos esperando a procesarlo. Es bastante probable que lo trasfieran al frente oriental. El problema es que muchos están convencidos de que el doctor Braun no falleció de muerte natural y que detrás de las frases extrañas e incompletas de Berto Hoffman podría haber un ápice de culpabilidad.

–Explíquese mejor.

–El hecho de que los pacientes estén convencidos de que los fantasmas tuvieron algo que ver con la muerte del doctor hace que las SS crean que el enfermero lo mató. Tal vez Braun había descubierto la historia de los triángulos…

–Ahora comprendo –dijo Hugo con un suspiro–. Pero, si Liebehenschel quiere que yo descubra la verdad de lo que ocurrió, sea la que sea, tendrá que dejarme hablar con Berto Hoffman.

–Podrá hablar directamente con él enseguida. Ahora tengo órdenes de acompañarle a la capilla ardiente del doctor Braun y al despacho donde se encontró el cadáver –respondió Voigt con expresión fría e inmóvil.